

Saber Mirar, Mirar y Saber: El Arte Como Conocimiento

Antonio Martorell
Universidad de Puerto Rico

Si me dirijo hoy a ustedes, conocedores del sentir, exploradores del laberíntico proceso por el cual la sensación se convierte en percepción y posible obsesión, ustedes, estudiosos de mecanismos muchas veces impredecibles donde un color, un olor, un sabor, un sonido, un roce puede erizar un encrespado mar memorioso en nosotros, es porque el arte lleva demasiado tiempo subestimado como mero ornamento, adorno de alto precio y escasa valía, insignificante esplendor, dulce pero anodino merengue en el bizcocho de bodas que celebra la unión entre el autor y su público.

Me niego a este rol de repostero bien o mal pagado, con el debido respeto a ese honroso arte culinario que tanto nos beneficia, porque si bien producto de nuestro quehacer ha de ser atractivo y si posible succulento, la harina nuestra es de otro costal.

El aprendizaje, más que de las artes, en las artes, es quizás el camino hacia el conocimiento más rico en posibilidades, más nutrido de senderos insospechados, más aventurado también y, por lo tanto, arriesgado y susceptible a encuentros y hallazgos que no corresponden al orden establecido. De ahí su naturaleza originaria de carácter subversivo, que no es otra cosa que revelar el lado oculto, aquel verso todavía no dicho, una suerte de beso en la oscuridad de lo desconocido, el beso del verso revelador.

Trataré de explicarme. Cuando voy a dibujar un árbol, lo miro. Pero la mirada del dibujante no se limita al ojo. La mano también mira y más que mira adivina pasados y futuros de ese árbol, lo visto y lo no visto, el vestir y desvestir al

trazar sobre el papel la línea ennegrecida por el carbón hijo del árbol caído que allí rinde tributo al padre desconocido sobre el blanco lecho maternal de la hoja de papel, que por algo se llama hoja pues es hija desprendida de otro árbol, savia de su savia, sangre de su sangre.

El árbol que la mano recrea sobre el papel no sólo revela su rugosa corteza y sombría fronda. (Paul Klee decía que no bastaba con dibujar un árbol sino que había que dibujar y crecer como él.) También recrea la línea en su crecimiento, al árbol en su origen, recuerda las ocultas raíces que en imagen especular imaginada buscan bajo la tierra el líquido sustento en irradiación proporcional e invertida a las ramas que ascienden para beber la luz y revelar entre hoja y hoja un retazo de cielo.

Y en la hoja que dibujaba la mano se traza el mapa de arterias y ríos, los límites de esa isla vegetal, archipiélago de corta y generosa vida que brinda sombra, flores, frutos, aromas, sabores y colores, alimentos y medicamentos, inspiraciones y aspiraciones.

Dibujar, pintar, tallar, cantar, bailar, actuar, escribir, edificar es participar de la gran aventura de hacer de una cosa otra, pero para que la metáfora ocurra tiene que estar acompañada de la sacáfora, lo que uno saca del conocimiento de aquello observado para poderlo transformar en otra cosa. Y así, en un incesante vaivén copulatorio y delirante, ejerciendo el poder de metáfora y sacáfora, metáfora y sacáfora, metáfora y sacáfora se engendra lo hasta entonces incógnito, lo que no se sabía y lo que ahora se sabe, adquiere un nombre y si posible, esto depende del receptor, modos de nuevos conocimientos.

Los artistas nunca enseñamos o mostramos lo que sabemos. Lo que nos conmina al proceso del arte, lo que nos llama al taller es precisamente el no saber. La dinámica del arte es de muchas preguntas y de pocas respuestas. En eso reside su gran placer y también sus pequeñas y a veces enormes angustias.

Cuando comienzo a pintar o a escribir, según sea el caso, lo que me anima a hacerlo puede ser un tema, un color, una frase, un concepto, una superficie que pide ser cubierta o revelada, algún ritmo visual o unas formas melódicas. La primera oración, el primer esbozo, establece el tanteo arriesgado de quien busca en la blanca oscuridad de la página o el lienzo un camino y este caminar se configura con cada nueva marca adyacente, sobreimpuesta, borrada y vuelta a establecer. Es como leer en la superficie rayada un mapa sumergido que emerge y crece.

Nunca sé lo que sucederá y ese desconocimiento, esa ignorancia, es lo que más me estimula, pues me garantiza un nuevo aprendizaje.

Soy director de un pequeño museo universitario en Cayey y constantemente me preguntan los visitantes qué es lo que quiere decir un cuadro como si el cuadro estuviera allí colgado y amordazado en dura penitencia. Les contesto con otra pregunta: "¿Qué le dices tú al cuadro?"

En la medida en que el espectador reconoce y responde a las múltiples preguntas que entraña el cuadro se retoma el diálogo comenzando entre el pintor y el objeto inicial de su mirada, entre la mano y el pincel untado de colores, entre el pincel y el lienzo, entre el cuadro en proceso con el objeto que ya quedó atrás y entre todo este proceso con la larga historia, la milenaria historia de tantas otras manos que trataron con mayor o menor felicidad de hacer de una cosa otra, de repetir el eterno ciclo con variaciones infinitas de la sacáfora y metáfora.

Por supuesto que el espectador tiene que cultivarse para escalar sus respuestas al cuadro y comprender cabalmente sus preguntas. Un arduo problema de gran parte del arte del último siglo es que tanto preguntas como respuestas son cada vez más portadoras de una codificación hermética.

Pero esto no se debe a un capricho del artista sino a caminos divergentes que han determinado cambios en la sociedad desvinculando progresivamente el lenguaje del arte de los poderes no tantos religiosos como políticos, sociales y económicos. Para bien y para mal el arte se ha convertido en gran medida, él también, en “otra cosa”.

Soy de los artistas que creen en la comunicación que no cancela la expresión sino que la lleva a otros lugares. Nada más triste que un cuadro sin la mirada que lo re-crea. Pero más triste aún es una realidad a la cual el ser humano se hace impermeable, inaccesible a su belleza o fealdad, alegría o sufrimiento, revelación o misterio.

Porque el conocimiento a través del arte nos enseña también la disciplina y el placer de apreciar el misterio, el infinito gozo de adivinar, ver a lo divino, intuir sin comprenderlo del todo. El misterio es una parte esencial del conocimiento y el arte lo comprende.

Cuando la práctica del arte sea esencial en la vida escolar como leer, escribir, las ciencias y las matemáticas, cuando se considere el ejercicio artístico como parte del método científico o su complemento, cuando aprendamos a agudizar nuestros cinco sentidos y estimulemos la imaginación con referentes diversos, cuando todos tengamos literalmente experiencias de primera mano en el proceso creativo, entonces nos percataremos de que la aventura del conocimiento vale la pena, y la alegría, el conflicto y, por supuesto, esa paz tan humana e inhumanamente aplazada.